

FRANCO MONTI

“MEMORIAS DE ÁFRICA” Y “ESTELAS DE COLOR”

Franco Monti (Milán, 1931) es un personaje y artista excepcional, difícilmente clasificable con parámetros convencionales. De formación científica y clásica y estudios superiores en antropología y etnografía, siempre mantuvo un especial interés por la escultura: al principio como devoto de la escultura moderna (a través de su pasión por la escultura más esencial antigua, cicládica, egipcia, sumeria), luego como especialista e investigador del arte africano, y en las últimas décadas como artista escultor creador de obras dotadas de un extraordinario poder de atracción formal y estético, de gran pureza e indiscutible verdad...

Desde 1954 que hizo su primer viaje a África, y durante treinta años, Franco Monti desarrolló una fecunda labor como antropólogo especialista en arte africano hasta el punto de ser considerado como uno de los más profundos conocedores de este complejo y plural arte, lo que le supuso el reconocimiento internacional como reputado perito, asesor de grandes colecciones tanto de museos públicos como de tipo privado, y la posibilidad de convertirse él mismo en uno de los mayores coleccionistas en arte africano. Esta preferencia de Franco Monti por el arte africano la compatibilizó a partir de 1959 con su dedicación –también intensa– al arte mexicano precolombino, alcanzado así mismo un gran nivel y obteniendo grandes logros como asesor de colecciones y en menor medida como coleccionista particular.

Aunque Franco Monti se relacionó con la escultura desde joven y a lo largo de su vida ha conocido y tratado a grandes artistas y escultores como Giacometti, Chillida, David Smith, Lucio Fontana, Mario Negri, Marino Marini, Manzú, etc., su actual dedicación a la creación escultórica se manifiesta exclusiva desde los años 80'. Sin duda en esta elección y dedicación exclusiva tuvieron que ver su alejamiento de África (al ver casi perdido aquel mundo que conoció y vivió como pocos) y su definitivo afincamiento en Ibiza a partir de entonces. Ibiza es el hogar de Monti desde los años 80', un lugar todavía especial para nuestro artista, alejado del bullicio y las legiones de jóvenes turistas; un lugar en donde nuestro artista valora "su clima, su luz límpida, casi de alta montaña, el silencio y el mar siempre en los ojos que

propician una atmósfera congenial" a su trabajo...

Si tuviéramos que catalogar las referencias fundamentales de Franco Monti y su escultura, además de las antiguas culturas (cicládica, egipcia, sumeria), el arte y el espíritu esenciales africano y precolombino a los que antes me he referido, habría que señalar objetivamente a Brancusi, Melotti, David Smith, Richard Serra, Fritz Wotruba, Oteiza, Chillida; todos ellos también artistas esenciales, creadores de formas puras, germinales, idealizadas... J. F. Yvars, gran conocedor de la obra de Franco Monti y autor de una espléndida e insuperable biografía sobre nuestro artista, apunta con acierto que "los objetos de arte de Franco Monti asumen la contradictoria entidad de su origen singular: son formas de la materia, pero así mismo presencias reales en el espacio. Pero además, son también figuras fuertes"... El profesor y crítico valenciano nos argumenta al respecto señalándonos que "en la escultura arcaica –sumeria, egipcia, prehelénica, cercano oriental y en menor medida asiática– la materia es forma y la forma se convierte en la materia misma, configurando un todo significativo, un idéntico ser sensible. La experiencia africana ha propiciado en Monti el descubrimiento esencial que convierte esa materia-forma en presencia real, en un derivado de significaciones jamás diáfano, en progresiva condensación"...

Creo que uno de los aspectos fundamentales de las esculturas de Franco Monti deriva del material que ha elegido para trabajar y experimentar, y del cual es un consumado maestro: el hormigón coloreado con pigmentos. Al respecto y con la autoridad que le otorga ser el creador directo de sus propias esculturas, Franco Monti nos describe con todo detalle el proceso completo de sus creaciones, los métodos y técnicas con los que trabaja este material todavía no valorado suficientemente como noble:

"Tras soñar una escultura, llega la racionalización, los dibujos. Con lápiz señalo cuatro puntos en el espacio que tiene que estar comprendida la obra. Dibujo una forma que se aproxima a la final, porque he de hacer un encofrado y rellenarlo de hormigón. Una vez seco, quitaré el encofrado y empezaré a esculpir. El encofrado

SALA TABERNA Y RECINTO INTERIOR DEL CASTILLO DE SANTA BÁRBARA

4 de octubre de 2006 – 14 de enero de 2007

me da una aproximación de la forma, pero no es la forma definitiva. Utilizo piedra pequeña, grava, de diferentes medidas, según quiero una superficie más o menos tosca.. Y lo fraguo con cemento y arena o polvillo de piedra... El hormigón después de trabajado endurece constantemente y puede alcanzar el punto máximo de dureza treinta años después. Utilizo cemento blanco de fuerte presa. Coloreo de manera muy estudiada, con un porcentaje de pigmentos muy calculado. No supero este porcentaje, si no hay una saturación que puede dar una reacción contraria. Se mezcla con la grava y con el mortero. Se trabaja a mano, con la azada, para distribuir bien el color... El molde tiene que estar preparado minuciosamente para aguantar el gran peso y el empuje hacia el exterior del hormigón. Es un trabajo que requiere un gran cuidado, el mínimo olvido se paga, que el molde se me ha abierto o reventado algunas veces. Pongo pesos adecuados que bloquean al suelo el encofrado. Cuando se llena, hay que hacerlo rápidamente. Empiezo con una tonalidad, luego otra, que no se mezclen demasiado pronto ni demasiado tarde: Éste es el lado artesanal, el noventa por ciento del arte al final es artesanía. Hay que saber hacer bien las cosas. Luego continúa el trabajo a mano. A veces utilizo máquinas, discos de corte. Luego con escarpa y martillo se empieza a eliminar. Después lo pulo..."

La doble exposición retrospectiva de obras de Franco Monti que presentamos en el *Simposium Escultura Alicante (SEA)*, tanto al aire libre en el recinto interior del Castillo de Santa Bárbara como en la Sala "Taberna", está compuesta por un total de 43 esculturas fechadas entre 1995 y 2006. Se trata de obras de muy distintos formatos y apariencias formales pero todas ellas características del personalísimo universo estético del maestro italiano. A través de este catálogo de posibilidades y experiencias escultóricas reconocemos evidentemente aquella esencialidad material y formal a la que me refería para caracterizar las obras de Franco Monti. Esencialidad realzada más si cabe por su diálogo con los espacios y arquitecturas del Castillo de Santa Bárbara, con el paisaje mediterráneo que nos envuelve y conmueve, con la hermosa naturaleza de nuestros jardines y vegetación que surge espontánea... Se trata de presencias estéticas, de formas artísticas, que se

FRANCO MONTI

“MEMORIAS DE ÁFRICA” Y “ESTELAS DE COLOR”

reconocen y significan como creaturas humanas nacidas de la intención y acción de un artista y a la vez evocan un lejano primer origen en la naturaleza, en África... acaso su eco.

“Memorias de África” es una exposición de diálogos e historias contadas en voz baja entre Franco Monti y las esculturas africanas que supo encontrar y atesora. Sin duda se trata de una exposición única, tanto por las extraordinarias piezas africanas, singulares, que nos muestra como por las sutiles relaciones de familiaridad y complicidad que se establecen entre Monti y el arte africano que él conoce como pocos y rescató hace décadas de su previsible deterioro irrecuperable o la rapiña. De todos modos “Memorias de África” es un homenaje al antropólogo, al coleccionista y al artista Franco Monti a través de sus esculturas de “devoción”. Es un ejemplo excepcional de la memoria de África, de su espiritualidad y su arte originales, acaso hoy perdidos irremediadamente o bastardeados por el comercio más depredador, la codicia. También es un afortunado territorio visual y simbólico de donde fluye fácil la memoria personal de Franco Monti, se revelan sus experiencias durante treinta años en el continente africano y se transparenta su inmenso respeto y amor por sus gentes. De vez en cuando son necesarios estos ejercicios nemotécnicos que reconstruyen nuestra genealogía más íntima y nos recuerdan de dónde venimos, cuál es el origen esencial de las cosas...

Las treinta y una piezas de arte africano que forman parte de la exposición provienen en su totalidad de culturas y países del África occidental, extensa región continental en donde floreció con mayor riqueza y variedad la escultura y otras manifestaciones de un arte grande, mobiliario. Presentamos obras de los pueblos y etnias Ijo, Mossi, Ejagham, Sapi, Bobo, Bambara, Bron, Dogon, Dan, Dan Gueré (Wé), Hembra, Igbo, Fanti, Senufo, Baulé, Kwelé, Mandé, Guro, Ogoni, Jukun y Lobi, procedentes de Nigeria, Burkina Faso, Camerún, Sierra Leona, Malí, Ghana, Costa de Marfil, República Democrática del Congo y Guinea. Se trata de esculturas de distinto tipo y función, desde imágenes de divinidades o antepasados hasta cabezas conmemorativas o de danza ritual, insignias de danza, cascos y máscaras

rituales, puertas de santuario, elementos totémicos conmemorativos, máscaras de espíritu, máscaras de difunto y máscaras de “justicia”, imágenes de danza, brazaletes de bronce, tejidos, etc.

Es difícil y arriesgado generalizar con respecto al arte africano dada su rica variedad y compleja significación (diversa según procedencias o autores que la interpretan). No obstante vamos a intentar una aproximación general a algunos aspectos comunes del arte africano que estas magníficas obras representan:

El artista africano, los creadores de estas piezas lo eran por libre elección, es decir por “sentimiento artístico”, acaso vocación, desde luego por conocimiento de técnicas y capacidad de realizarlas. El término francés “feticheur” posiblemente es el que me mejor les cuadra: artista y artesano y sobre todo chamán, mago, curandero, sacerdote, incluso en algunos pueblos de Camerún el artista era el mismo Rey. Los artistas eran temidos por lo general, temor respetuoso, admirados pero también en algún caso despreciados... —seguramente este temor reverencial tenía que ver no sólo con su capacidad de crear imágenes con tanto poder sino sobre todo por su conocimiento de los secretos del fuego y la metalurgia, necesarios para fabricar los utensilios con los cuales daban forma y tallaban sus esculturas. No hay artistas mujeres en este tipo de arte; las mujeres a lo sumo trabajaban la arcilla.

Estas obras se hacían casi siempre por encargo —la escultura, la máscara son una necesidad ritual en África: la palabra (ritual y mágica) hecha imagen y objeto de culto. Sus creadores recibían un pago muy diverso por su trabajo según los casos: dinero (fuera cual fuera su moneda, por ejemplo caracoles), honores de distinción social, regalos tales como mujeres, objetos domésticos, animales, etc. El material principal era la madera, aunque también encontramos obras en piedra, marfil, bronce, terracota. La procedencia de la madera, es decir el árbol elegido, dependía del tipo de obra y de su función: si era una figura se elegía una madera dura, si era una máscara se elegía una madera blanda. La elección del árbol la hacía el propio escultor pero acompañado de personajes notables que le aconsejaban o debían

SALA TABERNA Y RECINTO INTERIOR DEL CASTILLO DE SANTA BÁRBARA

4 de octubre de 2006 – 14 de enero de 2007

confirmar su preferencia.

Por lo general el artista africano utilizaba cánones, modelos ejemplares, sobre todo de tipo iconográfico, pero también había innovación, creaciones novedosas y originales de artistas que así eran considerados maestros e influenciaban a otros con su modo particular. Sólo se conocen nombres de maestros muy recientes, pero en su tiempo sí que eran conocidos y reconocidos incluso fuera de sus pueblos. También se puede hablar de una cierta especialización artística, hasta de estilos... En tiempos antiguos en África había una mayor movilidad y capilaridad entre culturas y gentes de lo que creemos convencionalmente, una especie de mestizaje cultural y privilegiados territorios de contacto entre culturas y etnias diferentes que nos han legado un arte más “multifacético”, estéticamente hablando.. También había pueblos que no tenían un arte escultórico, un arte mobiliario grande; por lo general se trataba de culturas alejadas del mar, pueblos más nómadas, cuyo arte y estética podían ser considerados sólo como decorativos, portátiles, aplicados a objetos y elementos de uso común.

La escultura era sobre todo una “escritura sagrada”, un sistema de comunicación espiritual y trascendental, comunicaba lo humano con lo sobrehumano, mostraba las claves de su comprensión del universo, sus niveles, su cosmogonía, el lenguaje de lo sobrenatural... Por lo general estas esculturas se guardaban o utilizaban en santuarios, en lugares sagrados propicios, y se hacía con ellas rituales y ceremonias en las que casi siempre fluía la sangre de animales, lo que les ha conferido una cierta pátina orgánica sacrificial. El hecho de que el material preferido fuera la madera, realmente frágil y de difícil conservación, y la interacción de lo orgánico sobre su superficie, explican en parte por qué las obras se deterioraban con una relativa celeridad y es muy difícil hoy encontrar “piezas centenarias” de arte africano, o son muy excepcionales. Por fortuna muchas de las piezas de la colección de Franco Monti que presentamos en esta exposición los son, incluso con más de trescientos años, lo que hace a esta muestra más extraordinaria si cabe. Definitivamente “la antigüedad” no era un valor propio ni necesariamente reconocido



FRANCO MONTI

“MEMORIAS DE ÁFRICA” Y “ESTELAS DE COLOR”

de las culturas que crearon estas obras. Cuando una escultura se deterioraba, se rompía, perdía parte de su energía, poder, de su valor de representación...

El conjunto de máscaras que exhibimos nos ofrece otros puntos de vista para comprender el arte africano y sus valores rituales. Las máscaras se utilizaban, se portaban en las danzas rituales y en otras situaciones mágicas. La máscara no era sólo la imagen (generalmente mixta animal-humano) que tapaba el rostro o se llevaba sobre la cabeza sino todo el disfraz que tapaba la totalidad del cuerpo de su portador. Esta extensión de la máscara, la ocultación total que proporcionaba, hacía que no fuera reconocido por lo demás quien la llevaba, lo que le permitía “transfigurarse” en otro ser distinto, sobrenatural, asumir e interpretar sus poderes... “Tú no eres tú, sino la máscara y lo que representa”... Por ejemplo algunas de estas máscaras eran “de justicia”, utilizadas en sus juicios y depositarias del veredicto del pueblo y sus elegidos. Quien la llevaba no era reconocido, sólo dictaba o interpretaba con gestos o ruidos o palabras casi ininteligibles la sentencia acordada... este anonimato evitaba venganzas familiares posteriores y además exculpaba al pueblo colectivo de los efectos trágicos de su decisión. Condenaba la máscara, no un juez o alguien en particular...

Esta breve introducción general a las esculturas africanas de Franco Monti pertenecientes a su exposición “Memorias de África” es sólo un aperitivo de lo que se puede aprender y sentir sobre este gran arte, realmente muy desconocido por el gran público occidental aunque muy valorado por el mundo del coleccionismo y las subastas internacionales. Han sido sobre todo los artistas modernos y contemporáneos del siglo XX los que han reconocido sus valores estrictamente artísticos y estéticos y se dejaron influir por sus aspectos más esenciales. El primer cubismo, el surrealismo, el expresionismo, en general las primeras vanguardias, tuvieron su origen y algunas de sus raíces más profundas en este arte denominado entonces “primitivo”... Algunos de los artistas más importantes y decisivos del siglo XX asumieron y tradujeron para sus obras este rico y complejo legado de África y la negritud, aprendieron de su formalidad natural, incluso de su sobrenaturalidad:

es el caso de Picasso, Gaudier-Brzeska, Lipchitz, Modigliani, Paul Klee, Archipenko, Tzara, Max Ernst, Marcel Janco, Zadkine, Moore... y más recientemente Penck o Baselitz, entre otros. Desde luego ha habido un diálogo secular entre el arte africano tradicional y el arte moderno y contemporáneo occidental; aunque más que diálogo deberíamos hablar de “apropiación” estética y formal, de fascinación del arte y los artistas occidentales por lo que representaba o parecía representar el arte africano... Desde luego si ha habido diálogo, si ha sido posible en los dos sentidos, lo ha sido con Franco Monti, y esta exposición es una buena prueba de ello... Sus pasiones como artista y como coleccionista de arte africano se manifiestan de modo extraordinario en Franco Monti gracias a su contacto íntimo durante treinta años y profundo conocimiento de las culturas y las gentes africanas... Sobran las palabras para comprender cabalmente lo que esto significa... El arte habla por sí mismo...

Seguramente el universo crece y se relaciona en su interior siguiendo un proceso que podemos categorizar como catastrófico, desarrollando un lenguaje constituido básicamente por contigüidades léxicas: formas esenciales, materiales comunes, colores necesarios... En el Castillo de Santa Bárbara de Alicante asistimos maravillados a este diálogo metafísico en donde no cabe ni la anécdota ni el recurso fácil de lo figurado... Franco Monti crea naturalezas escultóricas como la naturaleza ha creado a través del tiempo formas que adjetivamos como escultóricas. El tiempo de un hombre, de un artista, es distinto que el de la naturaleza... La inteligencia del artista, su voluntad de arte, su sensibilidad, han logrado el milagro de que una obra de arte sea creada apenas en unos días, en unas semanas... cuando la naturaleza y sus elementos han necesitado millones de años. El tiempo no es el gran escultor, al menos no lo es para un artista, no lo es para Franco Monti. Lo esencial es intemporal, eterno... Eternidad, ese sentimiento de un instante único suspendido inmóvil sobre el abismo del tiempo que fluye irrefrenable... Frente a cada una de las esculturas de Franco Monti, —tanto sus esculturas personales como las esculturas africanas de su colección—, contemplándolas serenos, podemos experimentar sin

SALA TABERNA Y RECINTO INTERIOR DEL CASTILLO DE SANTA BÁRBARA

4 de octubre de 2006 – 14 de enero de 2007

mucho esfuerzo este sentimiento de eternidad... Quizás nuestro artista sintió y aprendió los secretos de la eternidad en sus noches solitarias en África. Hay noches tan solas que hasta uno se pone a hablar con las piedras para hacerse compañía. A veces las piedras te cuentan sus secretos, los de la naturaleza... Y es que las piedras no piensan, pero existen; y cuentan, locuaces, sus secretos a quien las quiere escuchar... Dicen que saber escuchar, entender eso, es amar la naturaleza... Es posible que sea así. Ama y haz (crea) lo que quieras...

Pablo J. Rico
Comisario de la exposición

SEPA Simposium
Escultura
Alicante



AYUNTAMIENTO DE ALICANTE

CULTURA